

Perfiles

LUIS ARMANDO GONZÁLEZ

Octavio Paz: vocación intelectual y responsabilidad política

*El ejercicio de la crítica requiere inteligencia
y, asimismo, carácter, rigor moral.*

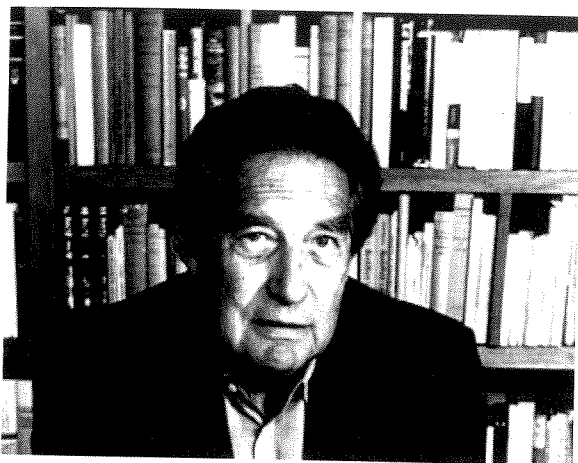
OCTAVIO PAZ

En América Latina, el intelectual político —es decir, el intelectual protagonista de la política— ha tenido una presencia permanente a lo largo del siglo XX. El intelectual político latinoamericano —en la misma línea de los intelectuales políticos europeos a la manera de Antonio Gramsci— se caracteriza por asumir la política como *su responsabilidad primordial*, a la cual debe subordinarse no sólo su vocación intelectual, sino incluso su vida. No se trata sólo de ser responsables políticamente —algo que la modernidad europea dejó establecido para sus intelectuales— sino de vivir para la realización de un proyecto político, de identificarse con él, de ser protagonistas en su concreción.

Dejando de lado al nuevo tipo de intelectual que se viene perfilando desde los años noventa —el intelectual “especialista”, técnico, presuntamente apolítico—, en América Latina ha existido un tipo de intelectual —que ha coexistido con el intelectual político— que se puede denominar el *intelectual políticamente responsable*, es decir, el intelectual que se asume no protagonista principal de la política, sino como portador de un determinado saber (literario, filosófico, científico, artístico), desde el cual

se debe hacer un juicio crítico de la política, en orden a humanizar su ejercicio y a superar sus efectos más perniciosos sobre los individuos y la sociedad.

Octavio Paz (1914-1998) fue uno de los mejores ejemplos de este modo de ser intelectual. A Paz no le fue ajeno el ejercicio político, aunque no fuera vivido por él con la entrega de un político de profesión: formó parte del cuerpo diplomático mexicano, al cual sirvió como embajador en la India,



de 1962 a 1968. Sin embargo, siempre reivindicó, por encima de todo, su papel de intelectual, al cual dedicó la mayor parte de sus energías. Una hipótesis que se puede aventurar a este respecto es que Octavio Paz, si bien no escapó en algún momento de su vida a la tentación de ser protagonista en la política —hijo al fin y al cabo de un siglo que, en América Latina, hizo del intelectual el mediador sociopolítico por excelencia— supo reivindicar la autonomía del quehacer intelectual, sin olvidar que este tiene implicaciones políticas de las que hay que hacerse cargo. Es decir, Paz fue un intelectual que se libró de la creencia de que la política era su responsabilidad por excelencia.

“Gobernar —escribió— no es la misión específica del intelectual. El filósofo en el poder termina casi siempre en el patíbulo o como tirano coronado. Los que mueren antes, como Lenin, tampoco se escapan: los embalsaman y los transforman en fetiches. El intelectual, ante todo y sobre todo, debe cumplir con su tarea: escribir, investigar, pensar, pintar, construir, enseñar. Ahora bien, la crítica es inseparable del quehacer intelectual. En un momento o en otro, como don Quijote y Sancho con la Iglesia, el intelectual tropieza con el poder. Entonces el intelectual descubre que su verdadera misión política es la crítica del poder y de los poderosos”¹.

La misión política del intelectual —el ejercicio de su responsabilidad política— consiste en criticar al poder y a los poderosos: esta fue una convicción que se fue afirmando cada vez más en Paz, hasta el fin de sus días. En 1990, en la Conferencia con motivo del premio Nobel, esta vocación crítica fue dibujada con una renovada contundencia.

“Pensar el hoy significa, ante todo, recobrar la mirada crítica. Por ejemplo, el triunfo de la economía de mercado —un triunfo por *default* del adversario— no puede ser únicamente motivo de regocijo. El mercado es un mecanismo eficiente pero, como todos los mecanismos, no tiene conciencia ni tampoco misericordia. Hay que encontrar la manera de insertarlo en la sociedad para que sea la expresión del pacto social y un instrumento de justicia y equidad... La reflexión sobre el ahora no implica una renuncia al futuro ni olvido del pasado: el presente es el sitio de encuentro de los tres tiempos. Tampoco puede confundirse con el fácil hedonismo. El árbol del placer no crece en el pasado o en el futuro sino en el ahora mismo. También la muerte es un fruto del presente. No podemos rechazarla: es parte de la vida”².

Octavio Paz fue, en este sentido, un intelectual latinoamericano cercano al paradigma del intelectual moderno europeo —uno de cuyos mejores representantes fue Norberto Bobbio (1909-2004)—, preocupado por la política, consciente de que su actividad intelectual incide en la política, pero sabedor de que esta última como ejercicio de poder tiene (debe tener) unos actores específicos, ante los cuales el intelectual debe ejercer su función de crítico del poder. Es decir, no debe intentar reemplazarlos, si es que no quiere ahogar la vida intelectual en una vida política con reglas y valores ajenos a ella.

El poeta y ensayista mexicano fue uno de esos intelectuales cuya trayectoria siguió los pasos de esas grandes figuras que, como José Martí o Alfonso Reyes, se destacaron no sólo por la vastedad de su obra intelectual, sino también por la preocupación por los problemas de su tiempo. La obra del mexicano quiso ser una respuesta a esos problemas; una respuesta que, más allá de ser un intento por ofrecer una luz en torno a situaciones concretas, estaba animada por un propósito más ambicioso: ayudar a los hombres a ser un poco mejores de lo que son.

Al final de su “Itinerario”, Paz dice algo que resume bien el propósito de su vida: “el mal es humano, exclusivamente humano. Pero no todo es maldad en el hombre. El nido del mal está en su conciencia, en su libertad.

En ella está también el remedio, la respuesta contra el mal. Esta es la única lección que yo puedo deducir de este largo y sinuoso itinerario: luchar contra el mal es luchar contra nosotros mismos. Y ese es el sentido de la historia”.

Hay que insistir en que Paz no fue un intelectual político a la manera de Martí, es decir, un protagonista de la política. Sin duda, estuvo más cerca de Reyes —a quien no dejó de criticar, sin embargo, por su docilidad ante el poder—. Su paso por el gobierno mexicano no lo convirtió en un político profesional ni mucho menos lo llevó a subordinar vocación intelectual a las exigencias de la política. Incluso en esta etapa de su vida —cuando estaba integrado a la burocracia del Estado mexicano— preservó su independencia como intelectual, al punto que renunció a su cargo como embajador en la India como protesta por la masacre de Tlatelolco, en 1968. Su ruptura con el gobierno no lo alejó de la política, sino que lo llevó a asumirla de un modo distinto: la asumió como un desafío intelectual; como una realidad a la que él, como intelectual, debía prestar atención mediante el ejercicio de la crítica y la razón.

Fue plenamente consciente de que esta era su responsabilidad como intelectual; trató de ser consecuente con esta autocomprensión de sí mismo; y conminó a los intelectuales latinoamericanos no desvincular su vocación intelectual de la crítica del poder y sus aberraciones. También los fustigó por haber renunciado a la actividad crítica y haberse asumido como los redentores de los pueblos latinoamericanos, traicionando lo más propio de su responsabilidad social, cultural y política.

En definitiva, Octavio Paz dio vida a un modo de ser intelectual que rompió con el molde del intelectual político latinoamericano³. Como ya se dijo, entendió que su responsabilidad política como intelectual consistía en ser una conciencia crítica y vigilante del poder. Encontró resistencias para afirmar su particular forma de ser intelectual y cumplir como tal con su responsabilidad pública, pero intentó ser fiel a sus convicciones. Paz hizo un homenaje a Daniel Cosío Villegas que puede ser dedicado también a el mismo.

“Fue leal con los demás porque fue leal a sí mismo. Entre sus maestros y compañeros no todos tuvieron su entereza y su rectitud... Cosío Villegas atravesó sonriente el fúnebre baile de disfraces que es nuestra vida pública y salió limpio, indemne... Fue inteligente e íntegro, irónico e incorruptible. Como la mayoría de los intelectuales de nuestro siglo,

perdió las ilusiones; como muy poco entre ellos, guardó siempre sus convicciones”⁴.

Notas

- ¹ O. Paz, “Suma y sigue (Conversación con Julio Scherer)”. En *El peregrino en su patria. Historia y política de México. Obras completas VIII*. México, FCE, 1994, p. 368.
- ² Paz, O., “La búsqueda del presente” (Conferencia Nobel, 1990). En *Fundación y disidencia. Dominio hispánico. Obras completas III*. México, FCE, 1993, pp. 40-41.
- ³ Tal como éste se concretó, por ejemplo, en personalidades como Martí, José Ingenieros, José Carlos Mariátegui, Víctor Raul Haya de la Torre, Julio Antonio Mella, Luis Emilio Recabarren y Ernesto Guevara.
- ⁴ Paz, O., “Las ilusiones y las convicciones. Daniel Cosío Villegas”. En *El peregrino en su patria...*, pp.364-365.